

RANDES ANIVERSARIOS

WLADIMIR WEIDLÉ

GOETHE

1749 — 1832

U N E S C O

LOS GRANDES ANIVERSARIOS

GOETHE

1749 — 1832

POR WLADIMIR WEIDLÉ

U N E S C O

*Publicación N^o 445 de la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura.*

Primera edición, 1949. Impreso en Francia. Firmin-Didot.

Copyright 1949 by Unesco, París.

LOS GRANDES ANIVERSARIOS
GOETHE, POR WLADIMIR WEIDLÉ

ENTRE LOS GRANDES ESCRITORES de la humanidad, Gœthe, más que ningún otro, fué el perspicaz educador de sí mismo, el que jardinero diligente de sus propios dones. No es que le faltase espontaneidad, como a esos artistas dotados de una voluntad de bronce que sólo hacen es rictamente lo que han resuelto hacer. Nada más espontáneo que los poemas de su juventud, nada menos afectado que los que escribió en los días de su vejez. A lo que más se aplicó con admirable constancia durante toda su vida, no fué ante todo a la forma de su verso o de su prosa ni a la ordenación de su obra, sino a las de su alma y de su espíritu. Guiado por un instinto infalible, les ofreció a cada instante los alimentos que más les convenían, sin dejarse intimidar, cuando se trataba de elegirlos, por ningún retroceso en el tiempo ni en el espacio. El mundo no le habría parecido demasiado grande si hubiera tenido que invitarlo en su totalidad para que le permitiese cumplir la promesa de su genio.

Como que no era sólo para sí mismo para quien tenía que fructificar. Al principio, durante esos años de aprendizaje particularmente largos en él —

como en la mayor parte de los seres asistidos de dones excepcionales y destinados a una larga vida — no pensaba, sin duda, más que en sí mismo : ¿no era su tarea más urgente formarse, construirse, para poder ser a su vez formador y constructor? *Sich zum Bildner bilden*, hubiera podido ser — aun empezando como empezó muy pronto a construir — su divisa en Francfort, Leipzig, Estrasburgo, y seguir siéndolo en el curso de los años que siguieron hasta los de Italia, e incluso en éstos; años durante los cuales continuó absorbiendo cuanto necesitaba para su propio crecimiento y para crear obras como el *Werther*, el primer *Fausto*, el primer *Wilhelm Meister* y tantas otras que, aparte del valor que pudiesen tener para los demás, tenían para él, ante todo, el de una *catharsis* privada, el de un nuevo trecho recorrido en la ruta de la liberación, de la purificación de su ser íntimo. Pero cuando volvió a Weimar y se radicó allí definitivamente, cuando se ligó a Schiller e instaló en su hogar a Cristiana, las cosas cambiaron. Desde ese momento se trataba para él no tanto de completarse cuanto de completar su obra, y no tanto con miras a esa obra considerada en sí misma cuanto en nombre de su prolongación en otras obras, de la acción directa que pudiese ejercer el propio Gœthe sobre los coetáneos y la posteridad, del papel que podría representar en las letras, en la totalidad de la vida espiritual, ante todo de su país, de Europa, y, luego, en cierta medida, quién sabe si del universo. No es que dejara de tomar y no hiciese exclusivamente más que dar, pero lo

que tomaba lo escogía en un plano más vasto aún que antes, y teniendo en cuenta necesidades que en parte correspondían a una sed, nueva en él, y que no hacía sino crecer con los años, de una expansión, de un abrirse, de una comprensión ilimitados.

Así fué como nació en su espíritu esa noción de la literatura universal, de la *Weltliteratur*, que la humanidad le debe y a la que habremos de volver al final del presente estudio. Esa noción procedía a la vez del sentido de la convergencia en él mismo de tantos impulsos diversos brotados de todos los puntos del horizonte, y de la constatación, enteramente objetiva, que hacía del progresivo estrechamiento de los lazos que habían existido en todos los tiempos entre las literaturas nacionales, así como del conocimiento que iba adquiriendo, no sin asombro, de los diversos ecos que sus propias obras despertaban por esos mundos y que le hacían verlas a veces a una luz inesperada. Porque Goethe vivió bastante para llegar a ser testigo de la acogida reservada a los más importantes de sus escritos y de los resultados que de ellos se siguieron no sólo en Alemania, sino también en gran número de países extranjeros, incluso en los que hasta entonces sólo débilmente habían participado en la vida literaria común de Europa. Y precisamente por eso es el suyo un caso privilegiado, que evidencia un perfecto encadenamiento de las influencias recibidas y de las ejercidas, a la luz de esa conciencia tan poco frecuente pero que él poseyó en un grado quizá único, de unas y de otras. Bien pudiera ser que en la historia de la

humanidad, dejando aparte la de las grandes religiones, no se haya visto aún nunca otro ejemplo tan manifiesto de la acción universal, de la misión *universalizante* de un grande hombre. También podría ocurrir que no exista ningún otro escritor cuya situación internacional sea tan interesante estudiar desde el punto de vista de los problemas generales que suscita la idea de la literatura europea al desembocar, al resolverse en la de la literatura universal.

I. LA HERENCIA RECOGIDA

La palabra influencia puede tener un sentido mezquino. A Gœthe no acababa de hacerle gracia, y reemplazaba, para burlarse de ella, *Einfluss* por *Influenz* (el nombre de la enfermedad que hoy llamamos gripe). La cosa misma, en cambio, a poco que se considerara sanamente, le parecía natural, benéfica y necesaria. Pocos hombres han reconocido con tan buena voluntad la acción que los demás, de modo directo o por ministerio de sus escritos, hayan podido ejercer sobre ellos. Esta virtud de agradecimiento, que, según propio testimonio, no era en él innata, la adquirió, sin embargo, en tal medida, que llegó a constituir en él una segunda naturaleza. Los historiadores de las letras que se ocupan de la obra y de la vida de Gœthe se encuentran privados de su pasatiempo favorito, la caza de las influencias, porque el propio autor tuvo buen cuidado de indicarles de antemano las piezas de

esa caza, y sus *Memorias* no son, en gran parte, sino una serie de acuses de recibo y de acciones de gracias, dirigidos a cuantos han « influido » en él — es decir, le han dado una parte de sí mismos. A esos beneficios respondieron sus obras, relación que puede designarse con ayuda de un término de derecho medieval, medio germánico medio latino, el de *widardonum*. La obra entera de Goethe es, así, un « contra-don » ofrecido a los muertos y a los vivos, a todos aquellos cuyo esfuerzo, grande o pequeño, ha dado una vez más fruto en sus manos. Al crear, Goethe sabía que, en cierto modo, no hacía sino devolver lo que había tomado en préstamo, y cuando saldaba así su deuda para con el amor y la amistad, no se olvidaba tampoco de las que había contraído al leer los escritos de sus contemporáneos próximos y lejanos, de sus mayores y de los más jóvenes, pero, ante todo, de los que no existían ya y cuya magnífica, grávida, incomparable herencia había recogido.

Esa herencia, para él solo... Nadie más consciente que él de su envergadura y de su complejidad. Las literaturas nacionales de Europa habían sido interdependientes desde siempre, pero no era costumbre en ellas concebir la idea de herencia sino en relación con la literatura del propio país y con las de la Antigüedad clásica. Goethe es el primer gran escritor de Occidente en cuyo patrimonio las principales literaturas extranjeras modernas figuran con *los mismos títulos* que la de su propio país, la griega y la latina. Esto se debe en parte, sin duda,

al empobrecimiento de las letras alemanas en el curso del siglo precedente; pero en conjunto, el acudir a los escritores de Francia, de Inglaterra, de Italia, apenas da en él la impresión de ser un recurso forzado. Por otra parte, no se trata tampoco, en su caso, de un ponerse en contacto, por modo fortuito y limitado, con una o varias obras extranjeras, como ha ocurrido en todos los tiempos y en todas partes. Siendo aún muy joven, había reflexionado ya sobre los mejores medios de asegurar su propio *Bildung*, la formación, el desenvolvimiento de su ser íntimo, y se había convencido de que la asimilación de las literaturas modernas era tan necesaria para ello como la de las antiguas. Estudiando en Leipzig, no se confinó en el cultivo de las lenguas clásicas y del hebreo (elección esta última que indica también su real comprensión de la amplitud de la herencia que se trataba de recoger), sino que se preocupó simultáneamente de la rápida adquisición de los principales idiomas modernos. Una encantadora página de las Memorias nos dice cómo se le ocurrió, para facilitarse el acceso al paraíso de políglota con que soñaba, componer una novela epistolar en que los diversos miembros de una familia diseminada por el mundo se cartearan en dos clases de alemán, en latín (con alguna P. D. en griego de vez en cuando), en inglés, en francés, en italiano, e incluso, para poner en ello una pizca de humor, en yiddisch. Las cartas francesas e inglesas que dirigió a su hermana, los poemas en estas dos lenguas y en italiano que escribió por la misma

época, atestiguan esfuerzos que, ciertamente, no hicieron más que entreabrir la puerta del paraíso, pero que, por otra parte, inauguraron una orientación del interés, una pasión de la inteligencia, a las que Gœthe permaneció fiel durante toda su vida.

El conocimiento de las lenguas no era para él, por supuesto, sino el medio de conocer las literaturas, y entre las modernas, en la época de su juventud, era la francesa la que gozaba de mayor prestigio en Europa, y más particularmente en Alemania. Gœthe había aprendido el francés en Francfort, leyendo el *Telémaco* probablemente (como era entonces costumbre) y asistiendo a representaciones de Racine dadas por comediantes llegados de Francia. Racine, Molière y, en menor medida, Corneille, han determinado de una vez para todas la perspectiva en que se le presentaba a Gœthe la parte francesa de la herencia europea. Cuando, tras el breve eclipse causado por los remolinos del *Sturm und Drang* y el descubrimiento de Shakespeare, se unió de nuevo a Francia, es con Racine, Molière y Corneille con quienes se reconcilia en primer lugar, como lo atestigua la primera versión del *Wilhelm Meister*. Y más tarde, después de Italia, no es sólo la traducción de los coros de *Athalie* lo que se presenta como un renovado homenaje a esos maestros de su juventud, sino también la adaptación del *Mahomet* y del *Tancrède* de Voltaire, porque si algo le fascina en esas obras de epígono, es todavía la discreta magia de la tragedia clásica, cuyo uso acertó a su vez a renovar en su *Ifigenia* (que, así como así, no existiría

de no haber habido la de Racine). En cuanto a Molière, ¿no lo releía constantemente — como confió a Eckermann, — y no se indignó cuando Augusto Schlegel osó criticarlo? Pero los dramaturgos, y de un modo general los escritores del gran siglo, no fueron los únicos a quienes le unió un vínculo duradero. En el curso de sus años menos « clásicos », Montaigne, Amyot, Rabelais, Marot — nos dice — fueron sus amigos; y entre aquellos cuya gloria era aún reciente en esos mismos años, no olvidó nunca a Rousseau, volvió a Voltaire y consagró para siempre una admiración y amistad fieles a Diderot. La traducción del *Essai sur la peinture*, en 1799, la del *Neveu de Rameau* en 1805 (hecha de un manuscrito perdido más tarde, de modo que el único texto francés que se conocía de esta obra, hasta 1891, era una versión del texto alemán de Gœthe), pueden considerarse como testimonios de gratitud a su autor en particular y a las letras francesas en general. Estas, por supuesto, no representaban en modo alguno para Gœthe una potencia del pretérito o una influencia pasajera : a medida que avanzaba más en la vida, más activo y vigilante se tornaba el interés que les concedía. Desde luego que no se proponía obedecer a su ley, pero recordaba — y tanto más claramente en la época en que el concepto de la literatura universal se precisaba más en su espíritu — que la República de las Letras había sido por mucho tiempo un país de lengua francesa.

El gran choque liberador, el impulso creador más necesario a su genio, no se lo debe a Francia, a decir

verdad, pero tampoco le vino de Alemania. No hay nada comparable, en cuanto al papel desempeñado en su desarrollo, a la revelación fulgurante de Shakespeare, revelación que, sin embargo, no se daba aislada, sino que formaba cuerpo, afirmaba su parentesco con las demás riquezas que se le hacían asequibles en el dominio inglés. Herder — que fué el instrumento de esa revelación en Estrasburgo — ¿no le familiarizó al mismo tiempo (incluso si Goethe no los había ignorado por completo hasta entonces) con el Ossian de Macpherson, las baladas de la compilación de Percy, con Young, Sterne y Goldsmith? Menos de cuatro años antes de su muerte, Goethe asociaba aún estos dos últimos nombres al de Shakespeare, al decir a Eckermann cuán importante estimaba su deuda para con los tres, y hubiera podido añadir : para con toda la literatura de aquel país. El espíritu de la poesía popular, del cual necesitaba su propio lirismo para expresarse plenamente, se le había hecho sensible a través de las viejas baladas; las consideraciones de Young sobre el genio creador en poesía le permitieron desplegar el suyo, después de haberle hecho apreciar más el que se hallaba encarnado en las obras de Shakespeare; el humanismo perspicaz y jovial de Sterne, inseparable de su humor, le ayudó a soportar a los hombres tanto como a pintarlos, y la atmósfera edénica y aldeana, erótica y familiar a la vez del *Vicario de Wakefield* prefiguró la de sus amores con Friederike Brion, en Sesenheim, antes de transformarse, con el concurso de Lotte Buff,

en la de su *Werther*. En cuanto a la fecundación por obra de Shakespeare, la más feliz de todas, fué tan eficaz, que su primer fruto, *Götz von Berlichingen*, desencadenó un movimiento de primerísima importancia en la literatura inglesa y, a través de ella, en la literatura europea : fué traducido (o más bien adaptado) por Walter Scott y, lo que es más, contribuyó a encaminar a éste hacia su nueva concepción de la novela histórica y de la realidad histórica misma, tal como se presenta tanto a la imaginación del novelista como a la del historiador. La « crónica » shakespeariana, trasformada por Gœthe en drama de color local, repensada, partiendo de ese punto, en forma de novela por Scott, y esta novela a su vez desembocando en la Historia tal como se la entiende desde el romanticismo... ¿Se quiere imagen más elocuente del entrecruzamiento de dos literaturas vecinas en el seno de su patria común, Europa?

Gœthe siguió siendo sensible a esta vecindad hasta el fin, como lo testimonian, entre otras cosas, su correspondencia con Walter Scott y con Carlyle, la introducción que escribió para la *Vida de Schiller* del mismo Carlyle, y la emoción profunda que en él suscitaron la obra y el destino personal de Byron. La literatura inglesa había tenido para su propio desenvolvimiento una significación harto distinta que la francesa, pero al contemplarlas en conjunto — como él hizo, sobre todo en su vejez, — las veía en el mismo plano y les hallaba idéntica importancia. Considerando atentamente lo que decía a Eckermann

el 15 de julio de 1827, se echa de ver que la literatura universal era ante todo para él la que hacían los franceses, los ingleses y los alemanes (y probablemente en el mismo orden en que enumeraba estos pueblos). Esta perspectiva es la que se adquirió en el siglo XVIII : no habría sido la misma ni siquiera en el siglo precedente. El peso relativo de cada literatura en la comunidad europea ha variado a menudo, y más radicalmente todavía la conciencia común de ese peso. Ya hemos visto que Gœthe, en su juventud, aprendió el italiano con igual intención que el inglés y el francés; pero al hacerlo así seguía, al parecer, una tradición cuya razón de ser no era ya muy evidente : Gœthe había venido al mundo demasiado tarde o algo pronto aún — quiero decir, antes del romanticismo — para poder apreciar profundamente al autor de la *Divina Comedia*, demasiado tarde para ser invitado a la mesa del Tasso o del Ariosto. La literatura italiana, abastecedora de Europa durante siglos, no le ofrecía ya ningún alimento verdaderamente esencial. Y, sin embargo, Gœthe conservó siempre el sentimiento de su presencia, porque la de Italia había ofrecido para él un esplendor sin parangón posible con otro alguno. Ningún cambiante de su vida fué más decisivo que el señalado por el viaje que hizo a Italia, y lo que los poetas del país no pudieron darle lo recibió directamente de Roma, de Nápoles y de Venecia. Su misma traducción de la autobiografía de Cellini es un homenaje a Italia más bien que a las letras italianas. Estas no le interesaron vivamente más que hacia el fin de su

vida, cuando, en parte al menos, le devolvían su propia irradiación. En cuanto a la literatura castellana, su Siglo de Oro y su influencia directa estaban lejos : Gœthe admiraba a Calderón, pero el sistema dramático de este último (y del teatro español en general) no se impuso seriamente a su atención sino en una época en que conoció y gustó de otras muchas obras que nunca habían sido consideradas como pertenecientes al patrimonio común de la literatura europea.

II. ENSANCHAMIENTO DEL HORIZONTE

Cinco lenguas : románicas tres, dos germánicas; cinco literaturas : las más ilustres de Europa. Pero ¿qué derecho habría para excluir del patrimonio tantas otras lenguas menos difundidas, tantas literaturas de menor envergadura? Seguramente ninguno; lo cual en nada altera, sin embargo, el hecho de que la existencia de esas lenguas pasara más o menos inadvertida por espacio de siglos. Sólo se reparó más en ellas desde el momento en que la gente empezó a preocuparse, ante todo en Inglaterra, por la poesía popular, así como por las formas a la vez análogas y diferenciadas que diversos pueblos le habían dado en el pasado. En Alemania, Herder se erigió en jefe entusiasta del movimiento, y fué en su compilación de 1778 donde apareció el *Planto por la noble Hasanaginica*, traducido por Gœthe, discípulo de Herder en esto como en otras muchas cosas, y cuyo acierto en esta primera tentativa es

tanto más admirable cuanto que, ignorando el servio y teniendo que servirse de versiones aproximadas, supo adivinar el ritmo del canto original. Este interés por el folklore extranjero, de que dió así desde muy pronto el primer testimonio, se reavivó en él a comienzos del nuevo siglo con las numerosas investigaciones y publicaciones de los historiadores y poetas románticos. En su vejez tuvo numerosas ocasiones de reiterar su admiración por los cantos épicos de los servios y de sumergirse en la lectura de diversas compilaciones de poesía popular italiana, española, checa, neogriega, e incluso finlandesa, letona, lituana. En un momento dado sintió el deseo de documentarse sobre la de los rusos, y hasta se interesó por los iconos en cuanto expresión de la piedad y de la imaginación creadora populares. Su aprobación, desde luego, ya que no su curiosidad, no dejaba de tener límites en ese terreno. Gustaba poco de la mitología nórdica, no le agradó nada el *Edda* y, si admitía los *Nibelungen*, no era sin serias reservas. En términos generales, Goethe no prestaba un oído complaciente a todas esas voces de los pueblos, como decía Herder, sino en la medida en que no hacían demasiado ruido y no amenazaban romper la clásica armonía en que él se deleitaba y cuyo mantenimiento consideraba como su más sagrado deber. Con todo, fué escuchando esas voces inevitablemente discordantes y sin embargo amigas, como vino a ensanchar su horizonte literario más allá de los límites demasiado estrechos que le había puesto la antigua tradición.

Este ensanchamiento, una vez comenzado, no se detuvo en las fronteras de Occidente ni en las de Europa. La facultad de comprensión de Gœthe, la naturaleza misma de su genio, eran más vastas que su estética weimariana. Cuanto más avanzaba en la vida y más sentía la atracción de las tierras desconocidas, de mejor grado se rendía a los encantamientos del Oriente. Ya en 1771, preparando su *Mahoma*, transcribía en sus cuadernos diversos pasajes del Corán que había leído en la traducción alemana de D. F. Megerlin. En 1783 leía la de los *Moallakats*, otro texto de la antigua literatura árabe. En 1791 saludaba con entusiasmo el *Sakuntala*, traducido por Forster, que seis años más tarde imitaba en el *Vorspiel auf dem Theater* de Fausto y, como en homenaje a la India, escribía luego uno de sus más bellos poemas, la balada de *El dios y la bayadera*. Pero apenas traspuesto el umbral del nuevo siglo, es la poesía persa la que se le brinda, y logra retenerle más largamente que las anteriores. Desde 1808 lee las primeras traducciones del orientalista Joseph von Hammer, pero ninguna le apasiona tanto como la de las obras del más grande poeta lírico persa, Hafiz, publicadas en 1814. Los cuatro años siguientes fueron el período en que se entregó más de lleno a esta nueva inspiración, escribiendo los poemas reunidos en 1819 en el *Diván oriental*, entre los cuales se encuentra *Muere y llega a ser*, una de sus más sublimes creaciones. En las copiosas notas de que hizo seguir esta compilación, advierte que la noción occidental del buen gusto no puede

apenas aplicarse a la poesía persa, pero explica también que « el Oriente no vendrá hacia nosotros », y que « si queremos participar en la obra de estos magníficos poetas (*an diesen Produktionen der herrlichsten Geister*), no tenemos más remedio que orientalizarnos ». Algunos años más tarde, un Oriente aún más remoto había de atraerle un momento, si bien de manera menos profunda. En 1827, año en que la idea de la literatura universal se presentó a su espíritu con más insistencia, cuenta un día a Eckermann una novela china que acababa de leer, y compone el ciclo de poemas titulado *Estaciones chinas y alemanas*.

Pero si el horizonte literario se ampliaba así para el viejo Goethe hasta alcanzar las dimensiones del Universo, no era porque el poeta se hubiera puesto a buscar una evasión — como otros la soñarán más tarde — hacia lo insólito y lo exótico. Lo que él buscaba era, no lo particular, sino lo humano; no el perderse en lo extraño y lo transitorio, sino reflejarse en la imagen permanente que se había formado del hombre. Como ya hemos visto a propósito de la poesía nórdica y como aún hemos de ver, jamás cesó de desconfiar de todo lo que le llevaba demasiado lejos de la perfección adquirida, de la medida humana, tales como se las habían enseñado Grecia e Italia. Pero cuanto más contemplaba el mundo para el que estaba creada esa medida, menos consentía en verlo cerrado sobre sí mismo, y más móvil, ilimitado y generosamente abierto al porvenir lo veía. Por eso, más característica aún que su

prontitud en responder a las llamadas del Oriente se nos muestra la solicitud de que en el ocaso de su vida dió pruebas al saludar al Nuevo Mundo y todas las esperanzas y anticipaciones que el futuro destino del mismo podía despertar. ¿No dijo a Cogswell, el joven americano que le visitaba en 1819, que si él tuviese veinte años menos se embarcaría para América? En ese mismo año envió a la Universidad de Harvard treinta volúmenes de sus obras, acompañados de una pequeña misiva, deferente y calurosa, anotando en sus cuadernos que los norteamericanos tenían suerte en carecer de antepasados y de « tierra clásica », pensamiento curiosísimo en la pluma de un poeta que por espacio de tanto tiempo, como su *Ifigenia*, había « buscado con su alma la tierra de los griegos ». Pero la nostalgia del pasado es un sentimiento romántico que Gøthe no experimentaba ni poco ni mucho; lo que acabó por sentir fué más bien la nostalgia del futuro; y, en resumidas cuentas, la verdadera « tierra de los griegos » ¿por qué no habría de serlo un día aquel país nuevo de allende el Atlántico? En 1827, año de la China, año de la *Weltliteratur*, Gøthe volvió a encontrar su nota, ya vieja, e hizo un poemita : *Amerika, du hast es besser...* « Tu suerte es más dichosa que la de nuestro viejo continente. Tú no tienes castillos en ruinas (...). A tí no te turban vanos recuerdos e inútiles conflictos. » Las novelas de Fenimore Cooper eran una de sus lecturas favoritas en esa época. Los americanos que iban a verle se pasmaban del profundo conocimiento que de su

país tenía. Y quizá fuese pensando en ese país como más llamado se sentía el gran europeo a llegar a ser ciudadano del mundo.

III. LA REVERBERACIÓN ILIMITADA

Esa Europa que se abría al mundo, esa literatura europea que se volvía universal, nada se las revelaba mejor a Goethe que su propia irradiación. Durante largos años, en Weimar, fué testigo — atento siempre, tolerante cuando era menester y a menudo muy divertido — de su creciente fama, de su influencia en el mundo. Por otra parte, no era precisamente su gloria, considerada en sí misma, lo que más le interesaba, sino la diversa acogida que le reservaban diversos países, la manera de reaccionar, a veces inesperada, ante los impulsos que partían de sus escritos, los matices nuevos que éstos tomaban al antojo de los traductores y por el hecho mismo de su transposición a lenguas extranjeras. ¡Qué vivo, por ejemplo, era su placer al recorrer su *Fausto* traducido al francés, primero por Alberto Stapfer y luego por Gerardo de Nerval! Las ilustraciones de Delacroix para la primera de estas versiones le impresionaron por el cariz sombrío y patético que hacían resaltar en su propia obra, que parecía enteramente transformada con ello. En cuanto a la segunda versión, aun cuando no haya escrito a su autor : « Nunca me he comprendido tan bien como al leerle a usted. » (La frase, que se encuentra en la noticia necrológica de Nerval por Teófilo Gautier,

es pura invención de este último), la alabó altamente, sin embargo, en presencia de Eckermann, añadiendo : « Ya no siento placer cuando leo el *Fausto* en alemán ; pero en esta traducción francesa todo me parece otra vez lleno de frescura, nuevo e ingenioso. » Y medio siglo antes ¿ no había empezado ya a seguir con no poca curiosidad, y a veces con cierta inquietud, la fortuna de su *Werther* en el extranjero? No era sólo en Sajonia o en Turingia donde los amantes infortunados se suicidaban con la novela goethiana en el bolsillo o a la cabecera del lecho. Ningún libro de la literatura alemana había tenido aún parecida resonancia universal. Ya en vida de su autor fué traducido al chino, a lo que Gœthe hace alusión en un poema de 1790. Napoleón lo leyó siete veces : la primera, de muy joven ; la última, en Santa Elena. La obra suscitó en todas partes innumerables imitaciones, algunas ilustres, como las *Últimas cartas de Jacopo Ortis*, de Fóscolo, que aparecieron en 1802. A través de *Werther*, y, más tarde, del primer *Fausto* — Gœthe se daba perfecta cuenta de ello, — fué como alcanzó la moderna literatura alemana su puesto en lo que puede llamarse, para usar el lenguaje de la época, el concierto de las letras europeas.

Esta penetración en tierras extranjeras — cosa que también sabía Gœthe — no dejaba de tener sus obstáculos, y daba lugar a interpretaciones a veces estrafalarias y a menudo opuestas. Para Francia, Italia, España — en estos dos últimos países se le conoció primeramente a través de las traducciones

y comentarios franceses, — Gœthe era un romántico; era, incluso, el padre del romanticismo, un genio liberador, pero también morboso, y esta manera de ver, mantenida hasta mediados del siglo pasado, hizo que Musset le maldijese todavía en su *Confesión de un hijo del siglo* por haberle privado de esperanza, por haberle obscurecido su imagen del mundo. Para los países del Norte, para los países eslavos, para los nuevos países de allende el Atlántico, Gœthe era, las más veces, todo lo contrario; la encarnación misma del orden, de la medida, de la claridad, el gran olímpico, el clásico por excelencia. Si los escandinavos se han revuelto a veces contra él, es precisamente porque lo encontraban demasiado clásico, demasiado meridional — como Oehlenschlaeger, de vuelta de su primer entusiasmo—, o pagano y partidario de una ética demasiado cobarde, como le ocurrió a Kierkegaard. Más sencilla era la razón de la resistencia más tenaz con que haya tropezado su influjo, la que se manifestó, a veces de manera bastante estrepitosa, en los países anglosajones. El optimismo era de rigor en esos países, y la tradición puritana conservaba su poder : por fuerza tenían que encontrar a Gœthe inmoral y deprimente. En 1810 todavía, ¿no declaraba el mismo traductor de su *Ifigenia*, William Taylor, en el *Monthly Magazine*, que el *Fausto* estaba lleno de disparates y de obscenidades y que no merecía ser traducido en lengua inglesa? Coleridge se había abstenido de traducirlo por razones del mismo orden; según parece, el *Prólogo en el cielo*

era considerado por algunos como blasfematorio, y la versión de Lord Gower, publicada en 1823, estaba « bowdlerizada » más allá todavía de lo que el mismo Bowdler se había permitido con el texto de Shakespeare. Del prólogo, Gower no tradujo más que los coros de los ángeles; en cuanto a lo demás, decía : « There is a tone of familiarity on both sides, which is revolting in a sacred subject ¹. » Pero, naturalmente, esto no era más que el reverso de la medalla. En el anverso había el ardor juvenil de Shelley (cuya traducción fragmentaria del *Fausto*, que Gœthe no parece haber estimado, es la más hermosa de cuantas existen), la deferente admiración de Byron, el homenaje de Scott, el esfuerzo insigne de Carlyle, que dedicó tantos años de su vida a aclimatar a Gœthe en Inglaterra, y que, para América, transmitió esta tarea a Emerson. Gœthe no podía conocer a Emerson (cuya cordura deriva enteramente de la suya); no pudo saber que de defenderle contra sus detractores puritanos habría de encargarse en los Estados Unidos Margarita Fuller, su traductora (cuya versión de *Torcuato Tasso* apareció en 1835, y la de las *Conversaciones con Eckermann* en 1838). Pero tuvo tiempo de sobra para percatarse de que lo mismo en Inglaterra que en otras partes, y tanto en el nuevo como en el viejo mundo, sus obras iban abriéndose paso; de que, alineada detrás de ellas, toda la literatura de su país entraba también en la circulación universal, y de que las relaciones e

(1) « Hay un tono de familiaridad por ambas partes que subleva en un tema sagrado. »

intercambios que así se establecían podían ser provechosos para todas las literaturas.

Después de todo, no se le hubiera asombrado gran cosa, sin duda, de haberle anticipado que los dos poemas más bellos sobre su muerte habrían de ser escritos por dos grandes poetas rusos (Boratynski y Tiutchev), que el primer curso universitario sobre su *Fausto* sería el de Longfellow en Harvard en 1838, que su primer biógrafo digno de tal nombre sería un inglés (Lewes, 1855), que en 1866 aparecería un libro en la Argentina (*Fausto*, por Estanislao del Campo), en el que un gaucho que ha visto el *Fausto* en el teatro, en Buenos Aires, se lo cuenta a otro gaucho camarada suyo, y que en 1881 el poeta catalán Juan Maragall, que andaba entonces por los veintidós años, había de exclamar : « Gœthe es mi poeta », y que añadiría : « La primera mujer que un buen ángel ponga en mi camino, será para mí una Carlota o una Margarita. » A oír estas cosas habría estado preparado por la larga experiencia que le había enseñado que la incomprensión era posible siempre, y no menos en su propio país que en el extranjero... (¿No fueron justamente los críticos franceses del *Globe*, el crítico ruso Bielinski y, más tarde, Margaret Fuller, quienes mejor le defendieron contra los encarnizados ataques de su compatriota Wolfgang Menzel?). Había visto igualmente que su esfuerzo creador, como el de muchos de sus amigos, de sus maestros y de sus jóvenes émulos, hallaba eco mucho más allá de las fronteras de la lengua alemana; que en los viejos países de Europa y, lo

que era sin duda más importante aún, en los países jóvenes y dotados de grandes perspectivas de futuro, poetas y escritores, a veces los poetas más eminentes de una nación, lo reclamaban por suyo, le saludaban de lejos o venían hacia él con los brazos abiertos. Puchkin, a quien había enviado su pluma y que la conservaba religiosamente, le consideraba como uno de los genios máximos de la humanidad, y la *Escena del Fausto* que escribió en 1828 es uno de los homenajes más puros a su gloria. Mickiewicz, que había recibido de él el mismo regalo simbólico, le visitó en 1829 para testimoniarle su gratitud, al mismo tiempo que la de Polonia. En su correspondencia con Manzoni o con Byron, cuando recibía en Weimar a Mme de Staël y a Benjamín Constant, a Ampère y a Cousin, a Oehlenschlaeger o a Jukovski, Goethe no podía considerarse ya como un escritor exclusivamente germánico, y cuando veía su nombre citado en el *Eco* de Milán, en el *Globe* de París o en alguna de las vigilantes revistas escocesas, cuando recibía una de sus propias obras traducida a alguna lengua que apenas podía descifrar, sentía profundamente que no estaba solo, ni únicamente entre los suyos, y que había ligado su causa, para el bien o para el mal, a la del Europa y del mundo.

IV. LA LITERATURA UNIVERSAL

La idea de la literatura universal, tanto como por la situación de las letras europeas en su época, le fué

sugerida por la suya propia, por su destino personal, por la difusión y la influencia de su obra. Sin embargo no era hombre que se dejase embriagar por la fama, y su naturaleza resistía muy bien a toda intoxicación por las llamadas ideas abstractas o generales. Nadie ha considerado el problema que planteaba la nueva configuración literaria con más equidad, con más sangre fría, con menos parcialidad. Sus reflexiones, sus dudas, sus mismas vacilaciones siguen constituyendo una lección válida en sí misma y particularmente preciosa para nuestro tiempo. El 27 de enero de 1827 escribía a Streckfuss : « Estoy convencido de que anda en vías de formarse una literatura universal, de que todas las naciones gravitan y se encaminan gozosamente hacia ella. » Cuatro días más tarde decía a Eckermann : « Literatura nacional ya no quiere decir gran cosa actualmente. La época de la literatura universal se aproxima, y cada cual debe afanarse por apresurar su advenimiento. » En la misma época escribía en su revista *Arte y Antigüedad* : « Por mi parte, quisiera dar a conocer a mis amigos mi convicción de que está en vías de formarse una literatura universal (*eine allgemeine Weltliteratur*), en la cual nos está reservado a los alemanes un papel honroso »; a lo cual añadía que la aportación alemana no sería probablemente aceptada en bloque por las demás naciones, que una parte se vería probablemente desdeñada y rechazada, pero que el resultado final, sin embargo, no podría menos de ser precioso y bienhechor. El anudamiento de lazos entre las literaturas nacionales, las estrechas relaciones esta-

blecidas entre franceses, ingleses y alemanes, decía a Eckermann el 15 de julio, debían permitir a los pueblos corregirse mutuamente, e incluso, como señalaba en una carta a Sulpicio Boisserée, el 12 de octubre, allanar las divergencias que pudieran existir en el seno de una misma nación. La razón de ser y el fin último de esa literatura universal que veía crecer en su Europa y en la que pensaba tan a menudo en aquel año de 1827, eran, pues, a juicio suyo, conducir a las literaturas nacionales a comprenderse y estimarse mutuamente, a interpenetrarse más, a formar un conjunto coherente en el que cada una ocuparía su lugar predestinado. Lo universal, tal como él lo entendía, no debía ser de ningún modo un obstáculo para lo nacional, sino por el contrario ofrecerle un soporte, cumplir las condiciones de su florecimiento definitivo. Lo particular, al llegar a lo universal, lejos de obliterarse en el unísono, participaría, sin perder ninguno de sus rasgos distintivos, en una compleja y sabia armonía.

Todo esto parecía perfecto. La *Weltliteratur* ideal era muy bella. Pero ¿no corría peligro de serlo un poco menos la real? Gœthe no ha dejado de reflexionar sobre ello, si no inmediatamente, al menos a partir del siguiente año. Volviendo sobre el mismo tema en *Arte y Antigüedad* de 1828, siente la necesidad de indicar que mal podría tratarse, para las naciones que participaran en la literatura universal, de neutralizar sus diferencias, de « pensar unánimemente » (*überein denken*) : basta que se tengan en cuenta unas a otras,

que se comprendan, y, si no pueden tenerse amor, que al menos se toleren mutuamente. Algo más tarde anota en un cuaderno que, mirando de cerca las cosas, los alemanes llevarían más bien las de perder en la formación de una *Weltliteratur*, y que conviene que lo piensen. Pero es sobre todo mientras preparaba, en 1829, su introducción a la *Vida de Schiller*, de Carlyle, cuando le vemos presa de dudas que han dejado algunas huellas en sus borradores. Una página de éstos, no insertada en el texto definitivo, se titula *Objeción*, y lo es a sus propias esperanzas. ¿Qué vendrá a ser la literatura universal — tal es, en suma, la cuestión que se plantea —, si no se constituye como consecuencia de un esfuerzo razonable y consciente de los hombres, sino de un modo casi automático y como resultado natural de unas relaciones más animadas y de los acelerados intercambios entre los pueblos? ¿No será, en este caso, rica en cuanto al número, pero pobre en cuanto a la calidad de las obras que la compongan? Los productos de hábiles mediocridades ¿no prevalecerán en ella sobre las creaciones de talentos auténticos? Y como nada podrá resistirse al violento empuje de la mediocridad, ¿no tendrán esos verdaderos talentos, esos escritores, como él dice, realmente serios, que constituir una comunidad más o menos esotérica, una Iglesia (*eine stille, fast gedrückte Kirche*), o, lo que es lo mismo, buscar su salvación en nuevas catacumbas y oponer así una resistencia cuando menos pasiva a la invasión de una literatura universal que no sería más que un diluvio

de lugares comunes y de universal vulgaridad?

Nos encontramos aquí bien lejos, al parecer, de las radiantes previsiones de dos años antes. Gœthe, es verdad, ha procurado en seguida tranquilizarse : la « objeción » va seguida de una « consolación », que se reduce, sin embargo, a vagas generalidades y deja sin respuesta las cuestiones capitales. Estas, por lo demás, no se formulan todas en la página que acabamos de analizar. Aparte de los recelos que podían despertar en el espíritu de Gœthe las futuras perspectivas de la literatura universal, debía surgir también cierto malestar en cuanto a las relaciones de esa literatura con la herencia europea. La concepción goethiana de la *Weltliteratur* no se halla exenta de una ambigüedad bastante peligrosa. Al mismo tiempo que se liga al pensamiento cosmopolita universal del siglo XVIII, se enlaza en Gœthe con su propio pensamiento, que busca por todas partes lo orgánico y lo concreto. Invoca con toda su alma al universo cuando sueña con evadirse de Europa, aprender el persa, cantar las estaciones chinas. Pero ese mismo universo quisiera pensarlo orgánicamente, es decir, a imagen de Europa, partiendo de las comunidades nacionales agrupadas en una comunidad europea. Por no lograrlo, la idea comienza a ser terrible para él, y Europa misma llega a parecerle a veces demasiado vasta, en el tiempo y en el espacio. Juzga las civilizaciones y las literaturas con arreglo a una escala de valores que no reserva lugar alguno, por ejemplo (pese a su balada sobre la Bayadera), a la religión « loca y monstruosa » (*verrücktmonströse*

Religion) de la India. En las *Máximas en prosa* se lee : « Las antigüedades chinas, hindúes, egipcias, no son más que curiosidades; es muy laudable estudiarlas y darlas a conocer, pero nuestra educación moral y artística poco provecho podría sacar de ellas. » Y asimismo, no bien ha anunciado a Eckermann (el 31 de enero de 1827) el advenimiento de la literatura universal, le participa ya sus reservas : « Pero aun reconociendo el máximo valor a la aportación del extranjero, no debemos adherirnos a lo que nos ofrezca de particular, y buscar en ello ejemplos que imitar. No debemos tomar por modelos obras chinas o servias, o los *Nibelungen*; necesitamos volver siempre a los griegos, cuyas creaciones representan al hombre en su belleza. Todo lo demás debemos considerarlo históricamente, y no tomar de ello sino lo que en ello podamos encontrar de bueno. »

Así, cuando se trata de una imagen ideal de la cultura, imagen necesaria para la educación del hombre, no sólo se rechazan la China o la India, sino también gran parte de Europa y del pasado europeo. El universo se reduce hasta no contener más que la tradición clásica. ¿Y qué viene a ser entonces la literatura universal? El pensamiento de Gœthe parece indeciso y contradictorio, pero es sólo por haber planteado problemas reales y cuya solución no puede hallarse por las vías de la reflexión abstracta. Tal pensamiento postula el universo, pero mantiene la realidad histórica y concreta de Europa; desea la armonía entre las naciones, la unidad de Europa y, a ser posible, del mundo, pero negándose a olvidar o

abolir las particularidades nacionales. Ciertamente es que actualmente a nadie se le ocurriría concebir la civilización europea de un modo tan estrechamente clasicista, ni excluir de ella, por ejemplo, la aportación de la Edad Media. Pero lo principal subsiste; a saber, la necesidad, al pensar el universo, de pensar desde luego en Europa, y, al pensar en Europa, de pensarla, no sin las naciones, sino en las naciones. Lo que espantaba a Gœthe en el concepto de la universalidad, tal como se la había transmitido el siglo XVIII, era precisamente su falta de articulaciones, su indiferencia con respecto a las particularidades locales y temporales, la amenaza que envolvía de una nivelación ilimitada, de una mezcolanza repulsiva por ser enteramente inorgánica. Pero si bien sentía la necesidad de corregir la idea, en modo alguno la rechazaba. ¿Cómo había de hacerlo, él que tenía por rasgo dominante de su vida, como con razón ha dicho Michel Bréal, « el amor a la humanidad y el alejamiento de cuanto implica división artificial, llámese raza, nación, religión, casta, lengua o de cualquier otra manera »? Pese a las dificultades que tan lúcidamente discernía, no abandona tampoco su idea de la literatura universal. Esta idea, este problema, no sólo planteado por él sino poderosamente encarnado en su genio y en la obra de su vida entera, los ha legado a los siglos venideros y al nuestro en particular. De él nos viene, no su solución hecha y derecha, sino el deber de resolver ese problema en lo humano y concreto; es decir, conforme a su espíritu.

PRINCIPALES FECHAS BIOGRAFICAS

- 1749 28 de agosto. Nacimiento de Gœthe en Francfort.
- 1764 Primer poema conservado : Jesucristo en los infiernos (*Die Hollenfahrt Christi*).
- 1765 Fines de septiembre; partida para Leipzig. Su residencia en esta ciudad, a partir de esa fecha, durará tres años menos un mes. Estudios. Relaciones con Kätchen Schönpkopf.
- 1768 Comienzos de septiembre : regreso a Francfort.
- 1770 Fin de marzo : partida para Estrasburgo. Amistad e influencia de Herder. Friederike Brion en Sesenheim. Primeras obras maestras líricas (*Willkommen und Abschied*).
- 1771 Mediados de agosto : ruptura con Friederike. Retorno a Francfort. Discurso de homenaje a Shakespeare.
- 1772 De 28 de mayo a 10 de septiembre : estancia en Wetzlar. Kestner y Lotte Buff. Gestación del *Werther*. — Regreso a Francfort.
- 1773 *Goetz von Berlichingen*.
- 1774 *Werther y Clavijo*. Visita de Lavater. Viaje a Colonia y a Düsseldorf. — 2 de diciembre, llegada a Francfort del futuro amigo y protector de Gœthe, el príncipe Carlos Augusto de Weimar.

- 1775 Lili Schönemann. Comienzo de la correspondencia con la condesa Augusta de Stolberg. Primera versión del *Fausto* (*Urfaust*). Esbozos de *Egmont*. Junio-julio : Primer viaje a Suiza. 20 de septiembre : ruptura de esponsales con Lili. 7 noviembre : llegada a Weimar, ciudad destinada a ser la residencia definitiva de Goethe. Comienzo de las relaciones (que durarán más de diez años) con la baronesa de Stein.
- 1776 *Stella*. Primera versión de *Wilhelm Meister*. Estudios de anatomía y de botánica.
- 1777 Noviembre-diciembre : viaje a la montaña del Harz, ascensión al Brocken.
- 1779 Septiembre-hasta enero de 1780 : segundo viaje a Suiza. Lausana, Vevey, Ginebra; recuerdo de Rousseau. — Comienza a trabajar en *Ifigenia y Torcuato Tasso*.
- 1786 3 de septiembre : partida (de Karlsbad) para Italia. 28 de septiembre a 14 de octubre : primera estancia en Venecia. 29 de octubre : llegada a Roma.
- 1787 Hasta el 28 de febrero : primera temporada en Roma. Después, partida para Nápoles y Sicilia. Comienzos de junio : vuelta a Roma.
- 1788 Hasta fines de abril : segunda temporada en Roma. Después, regreso por Milán, el lago de Constanza, Stuttgart. 18 de junio : llegada a Weimar. Julio : primer encuentro

- con Cristiana Vulpius, que pronto ocupará su puesto en el hogar de Gœthe. — *Ifigenia y Torcuato Tasso* terminados. Publicación de *Egmont*.
- 1789 Encuentro con Schiller. *Elegías romanas*. — 25 de diciembre : nacimiento del hijo de Gœthe.
- 1790 Publicación de *Torcuato Tasso* y del *Faust, ein Fragment*. Marzo-junio : Segundo y último viaje a Italia. Temporada en Venecia. *Epigramas venecianos*. Primeros esbozos de la *Metamorfosis de las plantas*.
- 1791 Trabajos sobre la teoría de los colores.
- 1792 Gœthe toma parte en la campaña contra Francia y asiste a la batalla de Valmy.
- 1794 Comienzo de la amistad y de la correspondencia con Schiller. *Reinecke Fuchs*.
- 1797 *Herman y Dorotea*. Julio-noviembre : tercer viaje a Suiza. Gœthe comienza a redactar el texto definitivo del *Fausto* (primera parte).
- 1801 Enfermedad grave de Gœthe y convalecencia en Pyrmont.
- 1803 Muerte de Herder. Visita de M^{me} de Staël.
- 1805 9 de mayo : muerte de Schiller. Ensayo sobre Winckelmann.
- 1807 Correspondencia con Bettina Brentano. Pasión por Minna Herzlieb.
- 1808 *Faust, eine Tragödie*. Octubre : Conversación con Napoleón en Erfurt. 13 de septiembre, muerte de la madre de Gœthe.

- 1809 *Las afinidades electivas.*
- 1811 Aparición de la primera parte de las *Memorias* (*Dichtung und Wahrheit*).
- 1813 *Shakespeare und Kein Ende.*
- 1814 Relaciones con Mariana von Willemer. Primeros poemas del *Diván oriental*.
- 1816 6 de junio : muerte de Christiana.
- 1818 Comienzo de la publicación *Ueber Kunst und Altertum* (que seguirá apareciendo hasta 1832). — *Urworte, orfisch.*
- 1819 *West-östlicher Divan.*
- 1821 *Wilhelm Meister Wanderjahre.*
- 1823 Febrero : grave enfermedad. Verano en Marienbad. Pasión por Ulrica von Levetzov. *Trilogie der Leidenschaft*. Primeras conversaciones con Eckermann.
- 1825 Gœthe comienza la redacción definitiva de la segunda parte del *Fausto*.
- 1827 *Chinesisch-deutsche Jahreszeiten*. Primeros textos concernientes a la « literatura universal » (*Weltliteratur*).
- 1828 14 de junio : muerte del gran duque Carlos Augusto.
- 1831 Gœthe termina el segundo *Fausto*.
- 1832 22 de marzo : muerte de Gœthe.

BIBLIOGRAFIA

I. BIOGRAFÍAS Y TRABAJOS DE CONJUNTO

- Albert Bielschowsky. *Gæthe*. I-II (1896, 1904).
Numerosas ediciones nuevas.
- Julius Zeitler. *Gæthe Handbuch*. I-II (1916-1918).
- Friedrich Gundolf. *Gæthe*. 1916.
- J.-M. Carré. *La vie de Gæthe*. 1930.
- Hans Leisegang. *Gæthes Denken*. 1932.
- Henri Lichtenberger. *Gæthe*. I-II, 1939.
- John G. Robertson. *Gæthe*. 1927.
- Henry W. Nevinson. *Gæthe : Man and Poet*. 1931.
- Barker Fairley. *A Study in Gæthe*. 1947.
- Benedetto Croce. *Gæthe*. 1923. Edición corregida y aumentada : 1939.

II. CONEXIONES INTERNACIONALES

- Fritz Strich. *Gæthe und die Weltliteratur*. 1946.
Estudio fundamental.
- Elise von Keudell. *Gæthe als Benutzer der Weimarer Bibliothek*. 1931.
- Revue de Littérature Comparée*. Número consagrado a Gæthe. Enero-marzo. 1932.
- Gæthe*. Estudios publicados en el centenario de su muerte por la Universidad de Estrasburgo. 1932.
- F. Baldensperger. *Gæthe en France*. Segunda edición. 1920.
- H. Loiseau. *Gæthe et la France*. 1930.

Bertram Barnes. *Gæthe's Knowledge of French Literature*. 1937.

F. Gundolf. *Shakespeare und der deutsche Geist*. 1911.
Capítulo sobre Gæthe.

J.-M. Carré. *Gæthe en Angleterre*. 1920.

James Boyd. *Gæthe's Knowledge of English Literature*. 1932.

René Michéa. *Le Voyage en Italie de Gæthe*. 1945.